

EL POLACO

Pía Bouzas

EL POLACO

milena caserola
EL 8vo. LOCO
EDICIONES

SEGUNDO DÍA SOLO EN LA ISLA

*Todos los izquierdos reservados.
Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en
las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de
quemar un libro a la luz de una fotocopidora es promover la
desaparición de lectores.*

Contacto con la autora:
pia.bouzas@gmail.com

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada
exposiciondelaactual@gmail.com

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bär
laura.ojeda.bar@gmail.com
laura-o.tumblr.com

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

**www.exposiciondelaac-
tual.blogspot.com**

Ahora entiendo por qué dicen que estoy friqueado, loco, limado; chabón que hace cosas extrañas, sin pensar, que manda cualquiera; sí, señores, ese soy yo, el Polaco, nacido en el barrio porteño de La Paternal y metido a explorador de altas cumbres patagónicas. Nadie me obligó a entrarle a este bosque con un par de escaladores, si al fin y al cabo apenas los conocía; pero acá estoy. A la vera del río, en un claro del bosque, un islote, digamos, a unas horas de la pared de granito donde Esteban y

el Colorado están escalando. Dejé de hacerte el artista, Polaco, así te van a comer los piojos, me dijo la muy puta de Mariela solo para darme el olivo: Quiero un tipo de verdad. Vos te la pasás fantaseando, colgado, es un plomo, ¿entendés? Entiendo y por eso estoy acá: firme voluntad de no cruzarme con Mariela en La Paternal, en la pizzería de San Martín y Juan B. Justo. Juan B. Justo en el verano es un infierno, un hueco por donde el magma de las culpas de la ciudad aflora como una pústula. Mariela con el Juampi o con cualquier otro, y yo refritándome en mi pieza sin aire acondicionado. Fuera eso de mí, camine a cucha, yo me voy al Sur. Así le dije a Mariela. Agarratela, una expedición a un cerro que no figura en los mapas, que nadie escaló, piba, date cuenta; y para llegar además hay que atravesar un bosque alucinan-

te, milenario. Me llevo tres cámaras de fotos. Vas a ver la exposición que armo cuando vuelva. Del Recoleta me van a llamar, vas a ver. Me van a sacar las fotos de las manos.

Bajemos, bajemos, no echemos leña al fuego, que ayer poco faltó para que el campamento ardiera como Roma, otra que Nerón. Petiso y en bolas iba a quedar si se quemaba todo.

De hecho, ahora estoy más calmado y confío en que la rutina de escribir este nuevo diario me ayude. A esperar, a qué más. Ayer a la noche arranqué del cuaderno las hojas escritas, a la hoguera también. Como para empezar toda la travesía de nuevo. De cero. Si en efecto han pasado diez días desde el comienzo, hoy debería ser 20 de enero. No lo sé. Lo que tengo claro es que Esteban y el Colorado dejaron el campamento antes de ayer, a la madrugada.

Y a la noche me saqué. Lo admito. Les revisé las mochilas con bronca, para joderlos. Unos cuadernos, una revista de historietas y un par de fotos de las minitas, eso encontré. Me vinieron pensamientos furiosos, acá solo, y me la agarré con lo que tenía más a mano. Quemé todo y después lavé los platos que habían quedado sucios desde el desayuno para evitar que aparecieran lauchas.

Después me fui a dormir. Dormí mucho. Me desperté bien entrada la mañana y me quedé en la carpa. ¿Para qué salir? Si no había nadie. Empecé a buscar imágenes para hacerme una paja. Primero pensé en Mariela, pero la imagen duró poco, la saqué de mi mente al instante, no daba pensar en ella ahora que bien podía estar revolcándose con algún gilún. No, había que alejar esa imagen inmediatamente. Pensé enton-

ces en la mujer de Esteban, que tenía buenas tetas, grandes, y el culo parado, experimentado. Y además, ¡tan desconsolada porque Esteban no estaba!, que sí, que era una buena imagen para darle y pensar que se la metía de parado contra el mostrador del muro de escalada donde la había visto algunas veces, de una, y como tenía cara de que le gustaba podría repetir, por qué no, ella sentada encima mío, montando a pelo al caballo, ofreciéndome las tetas al aire, mientras el guacho de Esteban escalaba la pared pasando frío, corriendo riesgos, dejándola solita.

Ah, sí, qué escena tan productiva. Estaba seguro de que me iba a ayudar más de una vez. Bien hecho.

Con el sol alto, sería mediodía, salí al mundo. Caminé hasta el río. Me lavé, intenté verme reflejado en el

agua, pero la corriente bajaba rápido, la imagen de mi cara se deformaba. Se estiraba hacia arriba, después hacia los lados. Barbudo estaba. No era para menos, desde que salimos de Buenos Aires no me había afeitado. Y sucio, y con el pelo todo enredado, largo, atado en una colita: un quilombo. No tenía ninguna acción premeditada, así que me quedé un rato sentado en una roca prominente, mirando. Esperando ver ¿qué? ¿Algo? Pero no veía nada, no se me ocurría nada, la situación era de un aburrimiento sin pausa, sin posibilidad de reacción. Descubrí que la corriente hacía un hueco alrededor de unas piedras, daba la vuelta y seguía. Así una y otra vez. Una y otra vez. La regularidad dentro del movimiento constante. La regularidad con aguas diferentes, todas las aguas (si pudiéramos considerarlas como aguas diferentes)

repetiendo el mismo movimiento. Interesante. Algo que podíamos aplicar a escala humana. Todos los gilunes haciendo lo mismo a lo largo de la historia de la humanidad. Penando por una mina, corriendo atrás de otra, buscando un agujero donde meterse, buscando un nicho para sobrevivir. Anotarlo. Curioso eso de hablar de nichos para referirse a un buen curro. Te salvaste haciendo algo que nadie hacía, qué culo, encontraste un nicho, la pegaste, juntá los morlacos y seguí. ¿Pero quién conseguía un pasaporte al futuro? No era fácil. Ninguno de los pibes había encontrado uno, ni Esteban, ni el Colorado, ni yo, por supuesto (sin las cámaras, menos que menos). Sólo Marsella, pero ese porque venía de familia con guita. Así, quién no.

LOS PIBES

De nuevo en la carpa. Caminar, caminar, pensar. A veces mente en blanco, abstraída. A veces mente concentrada en la acción. Sensación de alivio, como ahora: puse agua para unos fideos, y me dispuse, con gesto físico y mental, a ordenar un poco el boliche. Empecé con energía y sacudí la bolsa de dormir y las camperas. Saqué la tierra del piso. Colgué una piola entre dos árboles pero hasta ahí llegué. Quedaban los petates, la ropa dentro de las mochilas, las vituallas. Me pudrí rápido. No era el mo-

mento. Miré en cambio hacia la pared donde estaban los chicos.

La pared era alta, plana, cortada a cuchillo. Contundente. Se imponía en bloque, sin fisuras, sin senderos. Tenía unos 500 metros de altura, decía Esteban; pero a Esteban le gustaba bolasear, exagerar un poco, darse aire. Decía que había nacido fuera de época, que era como los exploradores del siglo pasado, de los que armaban expediciones al Polo Norte o al Polo Sur. Ahora era un vago de mierda, pero en ese entonces hubiera sido un audaz, alguien capaz de meterse a una aventura extrema, estoica. Esos chabones sí que eran extremos, ¿entendés? Cero gps, celular, ¿vos viste las fotos? No se puede creer los pibes con lo que iban, la ropa, todo. Muy grosos. Pero además, hoy en día, en el planeta no quedaba nada totalmente nuevo por descubrir.

O casi nada, mejor dicho: quedaban pequeños lugares, aventuras minúsculas, como este valle del Turbio y tres pibes un poco primitivos, por qué no. Que el líder de nuestra expedición estaba limado, era un hecho para todos, pero le metía y se tomaba el palo para donde quería. No tenía guita; no importaba, él se la rebuscaba. Chico rubio de ojos celestes al fin, del oeste bonaerense: Yo no sirvo para otra cosa que no sea para estar haciendo esto, le confesó a su novia mientras armaba una mochila con todo el equipo, y ¡la convenció! La novia era un fierro, lo bancaba en todos los sentidos. Él, un capo. Capitán América.

El Colo era más chico, más joven, de mi edad; el aprendiz de Esteban, su compañero, su adláter (¿de dónde me vendría esta palabra? ¿de la época de monaguillo de mi tío? Ah, Paternal,

qué lejos estoy de casa). Había empezado a escalar dos años atrás, y al poco tiempo de conocerse, Esteban lo había sacado a las grandes pistas, así fanfarroneaba como para dejar en claro quién le debía a quién. De la panadería del viejo en Burzaco al corazón de los Estados Unidos. Habían llegado al mítico Yosemite, cerca de *Frisco* (decían para hacerse los cancheros), y habían hecho cumbre en El Capitán (*El Capi*, seguían canchereando), y después habían bajado a una fiesta hippie, post hippie; muy grosos los pibes, pasando el trapo, sacando viruta al piso. Y esto había sido seis meses atrás, justo por la época en que los conocí.

Curiosamente llegué a ellos por Mariela. Ella estaba haciendo un curso de escalada (a Mariela le encantaba hacer cursos de todo tipo, ya había hecho uno de buceo y planeaba tirarse en

paracaídas en Lobos) y un día decidí acompañarla, ver qué onda estos pibes escaladores. Me cayeron muy bien al toque, pero Mariela no se enganchó. No iba para ella tanto esfuerzo, constancia, obsesión; son un embole, todo el tiempo hablan de fisuras, decía. Pero a mí me cabían. Por el tema de los viajes, las fotografías. Pegamos onda. Esteban ya empezaba a planear este viaje, y yo cada tanto lo escuchaba, pero ni se me ocurría pensar que podría involucrarme. Lo escuchaba con onda pero con cierta distancia, como quien escucha historias en una fiesta ruidosa.

Entre los objetos que saqué de la carpa y dejé alineados en el piso hace un rato, de repente descubrió el largavistas. No es que no supiera de su existencia, más bien es como si lo hubiera olvidado. Lo identifico y me sacudo el embole. Enfoco hacia la montaña.

Busco un punto amarillo entre las placas de color homogéneo: los petates. Ahí están. Por ahí nomás tienen que andar ellos. Me acostumbro a mirar la pared y los encuentro: diminutos, hormigas con casco blanco. En cámara lenta o inmóviles, puedo identificarlos únicamente por el color de las camperas. Esteban, de pie en una repisa, y el Colo unos metros más arriba, escalando. Desde lejos y en perspectiva, con toda la placa de fondo, la distancia entre ellos dos es mínima y el avance lentísimo. Visto a la distancia, todo el trabajo es artesanal e inútil: pinturas en miniatura, eso parecen. Enfoco hacia el cielo: azul tremendo sin nubes. El infinito. Una bóveda perfecta. Me abruma. Revoleo el largavistas dentro de la carpa.

Las actividades del día han terminado. ¿Qué hago yo acá?

El error fue mío, exclusivamente. Debí asumir que yo no era para esto.

El viaje en bondi marchó: películas, sándwiches berretas, y el condimento: la emoción de lo que está por comenzar. El que más hablaba era yo, no podía parar: Mariela y la puta que la parió, la exposición, manga de gilunes todos en la ciudad; hasta que me dijeron: basta, Polaco, nos estás quemando el bocho. Y me callé. El primer cerro importante que vimos fue el Lanín. Y se me vino el recuerdo de haber hecho

cumbre dos años atrás. Solita su alma en el medio del páramo. Destacado, sin nubes alrededor. Amanecía, la luz era perfecta y saqué unas fotos. La primera visión siempre es de felicidad total, la montaña esperándote, frente a tus ojos, pura promesa, perfecta y apacible. Está ahí nomás, cerca, como para soñar con ella; y lejos, como para no sentir su influencia: un amor de verano. Después la cosa cambia. Pero nuestro destino era El Bolsón. Faltaban unas horas y nos volvimos a dormir en ese sueño de la primera mañana, que es el más feliz.

Cuando nos despertamos teníamos ganas de empezar: basta de bondi, vieja. Y al fin en el Puelo desayunamos. Un bar de estación, a tope de mochileros recién llegados. Café con leche y medialunas, una moza linda pero ortiva, que lleva y trae bandejas sin esbozar

una sonrisa. Ah, maravillas de la civilización que estábamos por dejar atrás.

Hasta acá todo muy bien, pero cuando entramos al bosque con las mochilas cargadas hasta el infinito debí decir, muchachos, hasta acá llegó mi amor; en tren con destino errado se va más lento que andando a pie. Yo, de naturaleza esmirriado y petiso, pelo largo para atraer piojos y hormigas, rastros de acné furioso, encanto principal: simpatía arremetedora, caradurismo y pujante bailarín de tango, no tenía la madera para esta aventura. Cero hombre duro, ausente, lejano; yo, siempre bien dispuesto. Pero esa virtud de poco me iba a servir en el Turbio. De eso debí darme cuenta. Acá había que ser duro. No era como viajar por la 40 haciendo dedo: una traffic, una camioneta, alguien que te levanta y avanza por la ruta viendo el horizonte, el

mundo. Carpa, camioneta, charla con paisanos y de vez en cuando un asado de garrón. Ese sí era un viaje, como el del verano pasado. Pero acá no. Acá estás adentro del bosque, oscuro la mayor parte del día. Bosque profundo, denso, sin un alma.

Para empezar no había sendero, había que entrar a machete. El primero en abrir huella fue Esteban. Empezó a darle a las ramas, a los arbustos, a todo lo que encontraba. Después el Colo, después yo. Nos turnábamos cada hora pero era demoledor. Las espinas de los arbustos nos arañaban la cara, los brazos descubiertos, atravesaban los pantalones. Las teníamos hasta en las bolas. Cuando habíamos logrado abrir camino unos metros, volvíamos a buscar las mochilas y los petates, y los llevábamos. Acarreábamos los bultos como los esclavos debían acarrear

piedras para construir pirámides, murallas, cosas así. Al principio hacíamos comentarios: Mirá qué lindas vacaciones, boludo, esto sí que es joda. Pero también estábamos orgullosos, a quién se le iba a ocurrir mandarse a un lugar como éste. Al rato nos concentrábamos y seguíamos en silencio. Algo de la mística del bosque nos sosegaba. Había graznidos de pájaros, chillidos más bien, crujidos de árboles, algún animal que se perdía más adelante. Parecía una selva por lo denso, pero fría; era húmeda y fresca. Al final del primer día encontramos un alerce caído, arrancado de cuajo como si un rayo lo hubiera partido. Era inmenso, nunca había visto algo igual. El tronco tenía un metro de diámetro y a lo largo, no sé, era un mastodonte, un Gulliver dormido y nosotros, humildes pigmeos. Le tomé unas fotos. El evento

marcó el fin del primer día y decidimos acampar. Estábamos fusilados, incluso Esteban, el más fuerte de los tres y el que conocía el terreno. Todo había salido bien y además del cansancio, la única limitación molesta era la sed. Teníamos agua solo para el primer día, había que cuidarla. Si los cálculos eran correctos, al día siguiente, después de unas horas de caminata, debíamos encontrarnos con el río, vadearlo y entrar ya en la ruta hacia las montañas. Esa noche hicimos un fogón. Comimos polenta con mucho queso; había unas pasas de uva, fueron el postre. Estábamos felices. Le habíamos hecho un gran fuck you al mundo (bueno, al mundo era mucho, mejor sería decir a la ciudad, a las novias, las familias, el laburo; en fin, nuestro mundo). El gremio de los escaladores tenía por tradición burlarse de los mochileros

hippies con sus guitarras al hombro, cortapaleros que hacían ruido y jodían todo el tiempo; pero el Colo tenía ganas de cantar y le hubiera gustado que apareciera alguien con una guitarrita y una birra. Nada. Por ahora mística masculina, a machete pelado. Nos dormimos temprano, caímos redondos, como troncos.

TERCER DÍA SOLO EN LA ISLA

Los tábanos me hinchan las pelotas. A media mañana ya están dando vueltas. Grandes, peludos, ojos hinchados como globos y filamentos verdes en el cuerpo. Feos, asquerosos. El sol raja la tierra y ellos están donde quiera que uno apoye el culo: en las piedras, en los troncos, cerca del río, en las mochilas, en la carpa. Sí, como buen boludo no bajé el cierre de la carpa y ahora están por todos lados los tábanos. En las cacerolas, las tazas, los platos. En mis piernas, por supuesto, en mis brazos y mi cabeza

(pero que no veo). En mi cuaderno. Sí, incluso en mi cuaderno mientras estoy escribiendo. Me desconcentran. ¿De dónde salen? No zumban. Joden. No quiero más ronchas rojas redondas, infladas. Ahí vienen más. Se posan, se juntan y se despatarran cuando les doy con la ojota. No me dejan escribir. Consuelo: a eso de las cinco de la tarde desaparecen.

Cuando pasa el bochorno de la siesta me animo y recorro la zona. Tengo el río por todos lados. Parece un islote este cacho de tierra, un apéndice que se mete en el río. Al menos no está en la densidad del bosque. Tengo cierta perspectiva. Los cerros en una circunvalación perfecta, el glaciar a dos horas de caminata. Lengas y robles y araucarias milenarias. Parezco guía de turismo, lo sé, pero es la verdad: inmen-

sidad milenaria. ¿Qué hago yo acá, paparulo de ciudad? Ahora estoy feliz y no voy a arruinarlo. Es el momento del día. Cuando el sol ya no fustiga, este sitio es impagable. Camino por la orilla del río. El suave runrún. Camino bastante, pienso únicamente en las rocas por donde piso, me concentro en la caminata como si no hubiera otra cosa en el mundo que ir paso a paso. Attenti, pibes, ¡el Polaco filosofa! ¿En qué voy a pensar yo, si no? Más solo que un hongo. El río pega una vuelta y sigue el mismo paisaje, podría seguir bajando sin encontrarme con nadie, ¿hasta dónde? O toparme de la nada con algún ermitaño, onda en el Lanín, chabón que hacía cinco días que estaba en un refugio de alta montaña. Sentado en una roca prominente, mirando hacia el pedrero por donde veníamos subiendo, así lo descubrimos, nos es-

taba esperando. La piel bien quemada por el sol y terrosa, la barba crecida hasta el pecho, los pelos hirsutos como un puercoespín. Los ojos chiquitos brillaban, pero el tipo no hablaba. ¡Cinco días acá! ¿Y antes? Los pibes después de hacer cumbre le dejaban la comida que ya no iban a usar: unas lentejas, un salami, una lata de atún. ¿De dónde venía? El tipo no hablaba. Sonreía o estaba serio. Los gendarmes no sabían, si no, lo bajaban. ¿Y antes? ¿Qué mierda le había pasado al tipo este?

Cuando me doy cuenta, está por hacerse de noche. Me vuelvo a paso rápido. Llego a la carpa un poco agitado, como si me estuvieran esperando. Agarro el largavistas. Miro hacia la pared. Ya no logro distinguirlos. Está muy oscuro. Pongo el agua a hervir. Imagino que Esteban y el Colo están haciendo lo mismo: preparando algo

para morfar. Los dos colgados en el petate. Si tuvieron buen día habrán abierto unos largos, unos 50 ó 100 metros, quizás más. Me pregunto cómo se verá todo desde allá arriba. Me pregunto cómo será dormir colgado de la pared a cien metros del piso. “Como los tipos que limpian los vidrios, pibe, ¿o qué te creés?”

Hay gente sin vuelo, gente que mira todo con un cristal de botella de coca cola. ¡Cómo vas a mandar esa comparación! No entendés nada, chabón. Cuando le pregunto a Esteban contesta: La primera noche cuesta; la altura te come la cabeza.

El Colo agrega: Es como dormirte bien en pedo, cerrás los ojos y el mundo gira en el vacío, ese vértigo sentís.

Y Esteban: Pero como estás tan limado, te dormís igual.

Y el Colo: Hay que estar quemado.

Sí, hechos mierda, digo yo. Pero en realidad no alcanzo a figurar lo que ellos tratan de contar. Algo se me escapa, no sé si hay que estar molido o loco, o las dos cosas. O no tiene nada que ver con eso.

Me meto en la bolsa temprano y pienso en Esteban y en el Colo como en espejo, como en las películas: dos imágenes superpuestas en la pantalla. Ellos dentro del vivac, colgando en la pared; yo acá abajo, solo, dentro de la carpa. Vernos dentro de una película me da tranquilidad, imaginar sus mínimas acciones, también. Como si no estuviera tan definitivamente solo. No tengo sueño pero apago la linterna. Las pilas son artículo de lujo. Pienso en la novia de Esteban, no funciona. La noche está cerrada como boca de lobo. No hay luna. Un poco de viento, está bien. Con los ojos cerrados uno imagi-

na que es una sombra que pasea por entre los árboles. Se aleja, se acerca. El río se escucha más fuerte, como si hubiera crecido, pero es la atención que le presto, nada más.

OTRA VEZ SIN SUEÑO Y A PESAR DEL RIES-
GO DE QUEDARME SIN BATERÍAS, SIGO

Los primeros cinco días dentro del bosque fueron de trabajo forzado. Abrir camino, cargar bultos, machetear. Presos que se fugaban de la cárcel, eso parecíamos. El Colo quedó con la espalda arruinada y Esteban se fue endureciendo, como si asumiera el control de la expedición. Ordenaba, disponía, se autoinmolaba con una tremenda cara de orto cuando el Colo y yo boludeábamos esquivando el machete. Arrancaba e iba derecho a abrir huella. Después venía como un padre

o un milico: pongan huevos, no sean ortivas. Tenía razón, pero estábamos arruinados y a veces toda la expedición se volvía un delirio. ¿Qué carajo hacíamos ahí? ¿Saldríamos algún día? Ni el Colo ni yo teníamos idea del lugar a donde estábamos yendo, habíamos confiado en la palabra de Esteban, que había entrado al Turbio dos años atrás con otra gente. Al principio, la palabra *expedición* me quedaba grande, fuera de lugar, como un traje finoli en un casorio de barrio. La había usado para impresionar a Mariela, pero nada más, no me la creía. No pensaba que esto sería diferente a los otros viajes que había hecho por el sur. Lo primero que noté fue que a Esteban le gustaban esas palabras grandilocuentes: *expedición, logística, sitios vírgenes, rutas nuevas, inexploradas*. De hecho, había organizado la logística con meticulosidad, con precisión,

exhibiendo un saber exhaustivo sobre necesidades, objetivos y tiempo. Para empezar mostraba con orgullo todo el equipo que tenía de escalada artificial (de *artifo*, canchereaba como un soldado con las uzi); una mochila llena de empotradores, eslingas, mosquetones, buriles de todos los tamaños. Una verdadera artillería para subir la montaña, la que habían usado para El Capi, decía con orgullo de autodidacta, porque todo lo había aprendido leyendo la revista *Climbing*, chapuceando un inglés salvaje. Por culpa de esa revista a mí se me había dado por acompañarlos. Aparte de las historias de escalada, la revista traía unas fotos alucinantes. Y yo me decía, ¿quién las saca? ¿De dónde se cuelgan para hacerlas? Un hombre diminuto en cruz, tomado desde la cima y una caída de cien metros; el gesto elemental de clavar la mano en la

fisura y en picado las placas de rocas. O series de cascadas congeladas, o cumbreres nevadas bajo un cielo compacto. En esas visiones estaba el infinito, el contraste entre pobres mortales atados a una cuerda (nosotros), y lo que fue y será (la Tierra, vieja, naturaleza plena). Había una promesa, una ilusión. Y eso quería ver yo. Pero bueno, para eso había que laburar, y Esteban marcaba el paso. Después del equipo, venía la comida: la planificación era puramente instrumental, lo más liviano, lo más nutritivo, cero placer, en ese orden. Básicamente, harinas. Por último, la ropa y los medicamentos le importaban tres carajos. El botiquín que llevábamos era ridículo: unas aspirinas, una buscapina, un mertiolate y algún antiinflamatorio con fecha vencida. Prohibido enfermarse. Ni se te ocurra porque no vamos a poder salir rápido del bosque.

Así va la mano: *riesgo objetivo, riesgo subjetivo*. Yo no entendía muy bien la diferencia de esas categorías pero no les prestaba mucha atención, puro berretín.

El Colo escuchaba las indicaciones de Esteban con atención, la boca tiesa, firme, pero de repente los ojos se le disparaban, andá a saber qué estaría pensando, y se cagaba de risa como un chico. Entonces uno decía, éste no estaba escuchando, se hacía nomás. A él lo que le gustaba era trepar, era un mono en las paredes: delgado, fibroso, preciso, con gracia, uno lo veía escalar y todo lo difícil parecía fácil. Se abstraía, se enajenaba. Después festejaba como un zarpado, pero en ese momento estaba en otro universo, se le notaba. Todo lo demás lo fastidiaba, la organización, el porteo del equipo, la espera. El esfuerzo valía la pena si la escalada era

buena; si no, era un laburo al pedo. En cuanto a los festejos étflicos, Esteban también se iba de rosca, caía redondo al final de la noche. Era un clásico. La novia a veces llamaba por teléfono a la mañana siguiente para ver dónde había quedado, acostumbrada, preocupada; en fin, lo de las minas. Pero en nuestra expedición no había una sola botella de alcohol: todos limpios. Faso tampoco teníamos. Ese faltante fue un error en la logística. Habría evitado algunos encontronazos. Como el que tuvo lugar la noche del segundo día. Ya dije antes que habíamos empezado la expedición con una cantidad de agua muy reducida porque estaba previsto que en el segundo día de caminata íbamos a encontrarnos con el río, vadearlo, etc. Pero no llegamos. Se hizo de noche y ahí estábamos en el medio del bosque, con todas las mochilas des-

perdigadas, tres chabones con la ropa rota, pelos enmarañados, cavernícolas. Y encima, quemados. Y se armó la rosca. El Colo simplemente murmuró: ¿y el río, loco?, y yo: se tomó el palo, nos cagó. Pero Esteban se sacó: que no le poníamos bolas, que él era un gilún, que nosotros pendejos, que arrugábamos y mil cosas más, y entonces el Colo por primera vez se le enfrentó: ¿Gilún, vos? Gilún nosotros que te seguimos y no tenemos ni un mapa. Wolf Güllich te creés y acá estamos sin agua, ¿te das cuenta?, sin agua. Bajá un cambio antes de hablar. Y Esteban: A mí no me calla ningún pendejo, ¿la ves? Y ahí fue que intervine porque estaban a punto de irse a las manos, y qué mierda íbamos a hacer después. No estábamos para peleas. Por eso digo que el faso nos hubiera calmado un poco. *Peace and love, chirolita*. Todo más hippie.

PÍA BOUZAS

Attenti, mañana sigo, voy a mear y después a dormir.

CUARTO DÍA SOLEDAD SOLARI

Hoy a la mañana encuentro al toque el campamento colgante. Me paro como un vigía, apunto con el largavistas y ahí está: el azul de la carpa resalta contra la pared como si estuviera hecha de tela fluorescente. Como un rastreador sigo las cuerdas fijadas hacia arriba y hacia abajo. En eso una mancha negra me tapa la visual por completo. Un instante; así como llega desaparece. Qué carajo. Vuelvo a la búsqueda de los chicos pero no los encuentro. Otra vez la mancha me venda los ojos; cuando

desaparece la sigo. Y al alejarse agarro perspectiva. Es un cóndor. Planea en círculos, con suavidad. Se abre, asciende, se deja llevar por la corriente. Sin esfuerzo alguno. Puedo imaginar el silencio ahí arriba. Solo viento. Cada ala desplegada es tan larga como el cubretecho de la carpa. La cabeza es un punto diminuto en proporción con la extensión de las alas. Majestuosos, superiores, como de otro mundo. Ahí se asoma Esteban desde adentro de la carpa. No alcanzo a distinguir sus gestos. Pero debe estar cagado en las patas. O sorprendido. ¿Y el Colo? Ahí está también. Se asoma. Él también con largavistas. El Colo y yo, en espejo. Silencio. Voltea como para decirle algo a Esteban.

El espectáculo sigue: ahora son dos los cóndores que planean en vuelo rasante junto a la pared de granito. Se

dejan llevar por las corrientes de viento. Es tan claro el movimiento que uno podría dibujarlas. Como hacíamos en la escuela con las corrientes en el océano: azul para las frías, rojo para las cálidas.

¿Qué pasaría si los chicos no volvieran?

Bajo el largavistas. *Pero nooooo, mejor no hablar de ciertas cosas.* Sumo suena al palo en mi cabeza por un instante. Imposible. Van a volver. Y si no, dos opciones: o ser el héroe de la tragedia o el ermitaño del bosque.

Mientras desayuno descubro que unas ratas merodearon en la carpa ayer a la noche y decido actuar por primera vez en varios días, como si Esteban hubiese dado una directiva imposter-gable. El orden y la disciplina están en la base de cualquier expedición. *Mens sana in corpore sano.* O sea, hogar ordenado. (Ah, tío querido, cuántas veces

repetiste tus brebajes latinos y mirá cuándo los vengo a aplicar.) Nada me detiene. Entro en acción: reordeno la comida en una bolsa y la cuelgo de la rama de un árbol. (No hay mucha y no es cuestión de perderla.) En otra, más allá, la basura. Limpieza general: mi bolsa apesta. La abro y la dejo al sol para que se oree (qué linda palabra), el sol limpia todo. Sacudo adentro de la carpa, reordeno las mochilas, las botas también salen. Or-de-no. Una cosa al lado de la otra. Limpio los utensilios (otra palabra linda) de la cocina, los dejo secando sobre las piedras. Como ven, pongo especial cuidado en las cosas y en las palabras; momento culmine. Plenitud. Energía. Promesa de felicidad. Miro desde afuera, es toda la escenografía de una postal de campamento. Y yo, fotógrafo sin cámara. Clic. A la memoria.

ACCIÓN

Fue al final del tercer día que llegamos al río. El Colo distinguió el run run unos cuantos metros antes. Escuchá, escuchá, dijo. Esteban se paró y yo dejé de machetear. Yo estaba tan agotado que no podía escuchar nada, pero el Colo se sonrió para sí, como si estuviera pensando algo mientras escuchaba y no fuera a decirlo. Soltó la mochila que estaba cargando y enfiló hacia adentro del bosque sin machete, sin nada, a ver si era verdad su intuición. Esteban lo siguió. Yo aproveché para descansar, me tiré al

piso, frío, húmedo. Desde ahí abajo la perspectiva del bosque era bastante diferente. Un laberinto aéreo los troncos altísimos, y las ramas combadas de las araucarias, fantasmagóricas. El cielo, muy lejos; cachitos de cielo era lo que se alcanzaban a ver. Y entonces escuché los gritos y festejos. Polaco, venite, ¡llegamos al río!

Agua, agua, agua. En el cuenco de las manos, en la boca, en la cara, en la cabeza. Ah, por fin. No sé cuánto tiempo nos quedamos en la orilla. Ahora sí la cosa marchaba. Esteban no estaba alucinando ni era un falso gurú. Acá estaba el famoso río. Solo había un temita: estaba crecido y había corriente. Supusimos que al vadearlo el agua nos iba a dar a la cintura. De todas maneras decidimos cruzarlo ese mismo día y acampar del otro lado. Probablemente cada uno hiciera más de un

viaje: aparte de las mochilas personales estaban los dos petates con equipo y cuerdas. Armamos una tirolesa para los bultos más pesados, pero igual fue un bardo. A veces lo que uno hace para proteger lo más valioso es exactamente lo contrario de lo que debería hacer. Pensé que la tirolesa comportaba más riesgo para los efectos personales imperdibles, léase, la mochila donde llevaba mis dos cámaras de fotos, los rollos, el trípode, en fin, *mi* equipo; y por esa razón decidí cruzarlo yo mismo. La mochila no era pesada, podía alzarla arriba de mi cabeza y garantizar que no se mojara. Pero la vida no es así, o yo soy muy boludo, como decía el Negrito, o como el chabón ése que se la pasaba corriendo a lo largo de toda la película y se le daba por filosofar mientras esperaba el colectivo. La vida es como una caja de chocolates –le de-

cía a la viejita sentada a su lado y abría la caja para ofrecerle uno—, nunca sabemos cuál nos va a tocar. Conclusión: dada mi condición no apta para estas aventuras, en el medio del cauce pisé mal, me resbalé, perdí equilibrio y la mochila se me fue al carajo. Rodó por el agua, me hundí yo también. Cuando saqué la cabeza, la vi veinte metros río abajo. Y decí que el Colo, que controlaba la tirolesa del otro lado del río, se metió para agarrarla que si no, ni el recuerdo me quedaba. Cuando logré estabilizarme vi la escena como en el cine: el Colo nadando, Esteban a los gritos. Salí medio asustado, empapado y con una bronca titánica. Las máquinas habían quedado arruinadas por completo; con lo cual, *mi* objetivo expedicionario —y mi consagración en el Recoleta— había abortado antes de empezar. Esto era más que ser un *loo-*

ser, más que un *nerd*, más que chabón, no te quiere ni tu madre. Esteban y el Colo se dieron cuenta de la magnitud del evento y estuvieron bien; que al sol, que abiertas, que quizás se recuperaban. Me quedé sentado frente a la mochila, mirando sin poder creer, sin palabras, y con los pelos enmarañados, revueltos, que seguían goteando sobre mi cara, la ropa, la misma mochila.

Estaba ante una encrucijada: podía volver, salir del bosque, desandar el camino hasta el Puelo, o seguir con ellos, sin objetivo, sin nada que hacer, dejándome llevar. Estaba como Forrest ante la caja de chocolates: un dolobu resignado. Y mientras el Colo y Esteban se hacían cargo del final del porteo, yo me dije, y dale, siga. Afuera tampoco hay nada que me espere.

QUINTO DÍA

Quinto día ya?
Amaneció despejado, pero
ahora el cielo se está cerrando
y hace frío.

Me levanté temprano, con muchos ánimos, como si el aire frío de montaña me hubiera lavado el espíritu. Decidí hacer una caminata hasta el glaciar. Conocía el sendero porque lo había hecho antes con Esteban y el Colo. La entrada estaba a unas dos horas del campamento; cruzarlo hasta la rimaya y llegar al borde de la pared demandaba unas dos horas más. Me preparé

una mochila con grampones, algo de abrigo, buena cantidad de agua y un poco de comida. Enfilé por el camino bordeando el río. Empecé a buen ritmo, concentrado, hasta que mis pensamientos empezaron a volar muy alto. Adiós sueños de grandeza, exposiciones, shock anafiláctico para Mariela. Puesto otra vez en el lugar del principio: solito y en bolas. La pendiente se había hecho más pronunciada y el corazón bombeaba como loco, con insistencia. Si tuviera las cámaras tendría en qué ocupar mi tiempo, una excusa, una escapatoria, pero estaba jodido, los latidos rebotaban en mi cabeza como pelotas de tenis salvajes. Solo tenía los garabatos de este diario. Alto.

Hice un descanso en un promontorio que ofrecía una vista panorámica del camino. Recuperé el aliento, es decir, la cordura, y tomé agua. Desde donde es-

taba se distinguía nuestro campamento: dos carpas amarillas, haciéndose compañía la una a la otra en el medio del claro, rodeadas de un bosque tupido. Éramos intrusos, de una. Y por lo tanto, el bosque iba a echarme a patadas en el culo, sin contemplación, ante la mínima oportunidad que tuviera. ¿Visión alucinada? Puede ser. Uno se vuelve un poco místico en la soledad, hay que admitirlo. Para cuando llegué al borde del glaciar estaba cagado en las patas. Desolado. Imponente. Un mar de hielo con el viento corriendo de costado. Olas petrificadas en el tiempo por efecto de alguna fuerza inaudita: un terremoto climático, una erupción gélida. Y por debajo del hielo, la tensa calma del lago abriendo grietas, erosionando las paredes sin apuro: monstruo submarino que sabe que ha ganado la partida. Largá el faso, Polaco, se

te piantó el moño. Y yo, je, je. Re loco. Claro, eso dirían los chicos si leyeran esto. Y qué. No van a leerlo. Así que puedo decirlo sin vergüenza: no me animé a entrar. Me quedé de este lado. Del otro, Esteban y el Colo. Los busqué con el largavistas. Escalaban. Esteban iba de primero en la cordada, el equipo en bandolera como un collar de plomo. Y el pibe no dudaba, el ojo y la pared eran uno solo, él mismo. Resistente como el granito. Clavaba la mano vendada en la fisura y seguía. Unos metros abajo estaba el Colo, de espaldas, dando seguro desde la reunión, el triángulo de fuerzas se veía clarito, perfecto. ¡Muy bien, muchachos! ¿Por qué no se dejan de joder y bajan de una vez? A ojito, no más, se veía que estaban a mitad de la pared. Y éste era el quinto día. ¿Cuánto más iban a estar allá? Una guasada. ¿O están esperando

que me vuelva colifa? Diario del colifa, así se va a llamar este puto cuaderno si no bajan. Opción desesperada: encontrar papel en blanco y escribir otra vez la misma historia.

EL CAMPAMENTO

Hubo emoción cuando llegamos al islote, dos días después de cruzar el río. Armamos el campamento con un sentimiento diferente. Ya no era campamento de pasada, era nuestro *campo base*; aunque a mí me gustaba más decirle campito o casita. Elegimos el lugar, armamos las dos carpas, dejamos los petates donde no se mojaran, sacamos las vituallas para el morfi. El Colo –al fin de cuentas tenía escuela– preparó unas pizzas de puta madre. Esa noche todo el mundo habló de minas. El Colo, de su novia:

una buena chica, una chica de barrio, que sí, que la quería mucho, pero que le faltaba pimienta, una horneada caliente, decía yo. Yo, de Mariela, los cuernos y la puta que la parió; estás friqueado, Pola, decía Esteban, no salís de lo mismo. Esteban, de su mujer y de la minita que se estaba curtiendo a lo loco; a dos puntas no da, decía el Colo, con moral franciscana.

En definitiva todos hablábamos de lo mismo. Triángulos de fuerza, boludo, tiró el Colo: o aseguras bien la reunión, o te volás. Y ahí te quiero ver, piloteala. Le festejamos la ocurrencia, la metáfora, todo el bochinche de escalada. El pibe tenía razón.

Nos fuimos a dormir después de emprolijar los restos del morfi. Pero en la boca me había quedado un sabor amargo, como si me hubiera comido unos yuyos silvestres. Los gatos

comen pasto y se purgan, vomitan y siguen normalmente. Yo, en cambio, estaba a medio camino. Las palabras no me curaban. No paraba de hablar, pero Esteban tenía razón, daba vueltas como un tornillo en falso. En todo. Y no solo con la yegua de Mariela. Por ahora, por ahora. Quién sabe si de este viaje yo no saldría transformado.

Mañana sería día de descanso, así que mejor era entregarse dócilmente a los brazos de Morfeo. El Colo ya roncaba.

A lo largo del día Esteban y el Colo miraron la pared en diferentes momentos. Se turnaban con el largavistas. Ideaban rutas de acceso. Los veía de espaldas a mí, el brazo levantado, señalando puntos de referencia sobre el cerro a lo lejos. Estaban decididos y entusiasmados. La determinación les

había dado una nueva energía. Como si un avión los hubiera depositado en el islote, fresquitos, recién despertados, sin el esfuerzo de los días previos. Tenían la energía física de los jóvenes guerreros, como si hubieran tomado un elixir de sangre de leopardo o se hubieran mimetizado con la máscara de una pantera en un ritual secreto. Hablaban permanentemente entre sí, pero cada tanto me decían. “¿Y Pola, no querés venir?” La invitación era en joda, obviamente, pero yo la agradecía. Me hacía sentir que todavía formaba parte del equipo. Y yo: “Dale, me prendo, decí que perdí las cámaras; que si no, otra que *Climbing* las fotos que les iba a sacar.”

Decidí acompañarlos hasta la rimaya del glaciar, llegar al borde de la pared. Salimos un poco antes de que amaneciera. El cielo, completamente estrella-

do. Todavía los primeros pájaros no habían asomado. En el desayuno hablamos en voz baja, como si no quisiéramos despertar a nadie. Daba gracia el cuidado. La caminata fue a buen ritmo y en silencio. Al principio me costó seguirles el tranco, pero después me acoplé. Solo nos detuvimos una vez antes del glaciar, en un promontorio desde donde se veía el campamento. Estaba amaneciendo y el espectáculo era conmovedor. Los colores, el lento ascenso, la cordillera que se desnudaba imponente, majestuosa. Magia. Maravilla. Esencialismo puro. Uno podía volverse místico en estos parajes, chabón, de verdad. Nos quedamos en silencio. Un ciervo asomó de pronto entre los árboles. Primero fue un silbido de hojas, después lo vimos. Estaba quieto, comiendo. De repente nos vio y salió disparado, aterrado. Nos recordó

que nosotros también teníamos que seguir, al fin de cuentas como extranjeros que nos metíamos en un país desconocido.

Cruzamos el glaciar a buena hora, y en la rimaya antes de enfilear directamente hacia la pared, tomamos el café caliente que llevaba en mi termo. Comimos unas barras de granola y nos despedimos. Era un momento intenso pero dejamos que pasara rápido. Buena suerte. Cuidense. Hasta arriba no paren. Ojo con los cóndores. No se queden quietos mucho tiempo a ver si los confunde.

Y ellos, sí, Pola, vos prepará todo para cuando volvamos, un buen morfi, ya sabés. Cuidate.

¿Quién de los tres estaba más asustado? Yo, por supuesto. Ellos cerraban los ojos y subían, entrenados para eso, mente en blanco, concentrados. Una

pared de cal entre la emoción y la acción. Una descarga sorda de adrenalina, como un río permanente que tensa los músculos. Compañeros, además. Se tenían el uno al otro. Yo arranqué rápido y crucé el glaciar desandando el camino. Más seguro del otro lado, me quedé un buen rato esperando verlos ya colgados en la pared. Finalmente asomaron. Dos puntitos diminutos, invisibles si no tenías un buen largavistas. Volví al campamento. Caminé rápido, con cierta aprensión. No sé por qué, pero tenía un apuro enorme por llegar a la carpa.

Al día siguiente, la locura. Me salió una hiena de adentro del estómago. Como si me hubiera tragado un hongo. Me vi convertido, mutado. Su presencia física iba bien conmigo: animal chiquito, esmirriado, rubio sucio, cas-

taño. Un cero a la izquierda. Pero jodido. Rapiñero. Hurgando en la mochila, en las mochilas, en las cosas de los compañeros, guachos del orto, que me habían engatusado sin decirme che, mirá que vas a estar solari un par de días, Pola, ¿te lo vas a bancar? Gato por liebre me vendieron los turros con palabras succulentas: flor de experiencia, chabón. Las pelotas, experiencia al filo del vacío. Eso era. Mirate en el espejo a ver si te gusta lo que ves. Hiena es lo que ves: dientes apretados, ojos deprimidos. Estaba listo para clavar a alguien, con los dientes, sin cuchilla. Me podía multiplicar y atacar en bandada sobre el primero que apareciera: bicho, humano o lo que fuera. No tenía nada que perder. No tenía nada. Un gilún, un don nadie, un bueno para nada, un asteroide perdido en un agujero negro, eso era yo.

Hasta que rompí todas las hojas y empecé a escribir de nuevo toda la historia.

SEXTO DÍA

De mañana. Lluve. Desde hace horas. Toda la noche llovió. Salgo de la carpa, busco a los chicos en la pared, pero es imposible distinguirlos. Una cortina de agua pareja, un manto de nubes blancas bien bajas, hasta la mitad del cerro. Me pregunto si habrán bajado ayer cuando se veía venir el mal tiempo, o si estarán arriba, colgados, aguantando a que escampe. Acá abajo la lluvia es constante, sin viento. Pero arriba debe estar soplando de lo lindo. Espero que hayan bajado.

Creo que necesitaba un poco de lluvia, salir del sol a plomo del mediodía que calentaba la cabeza, la carpa, todo. Alivio. Sí, siento alivio. Pienso mejor. Las palabras son más suaves. La lluvia señala sí o sí el final de esta aventura.

A mediodía sigue lloviendo y el río baja torrentoso. Es un ruido incesante, fuerte, galopado. Cocino adentro de la carpa con mucho cuidado, algo rápido. Tomo una sopa caliente y unas galletas. El viento llega por ráfagas.

A la tarde deja de llover pero el viento se hace más fuerte y más constante. No puedo salir. Hay mucho ruido, de agua, de piedras, de hojas y ramas de árboles. Latigazos violentos, uno tras otro. Ni pienso en Esteban y el Colo. Doy por sentado que pudieron bajar antes de la tormenta.

Los imagino empapados, cagados de

frío, pero al pie del cerro. Con esa imagen me duermo.

SÉPTIMO DÍA

Me despiertan los primeros pájaros, antes del amanecer. Abro los ojos sobresaltado. Pienso: si escucho a los pájaros no hay lluvia, ni viento. Lo confirmo de inmediato cuando salgo a mear. Cielo estrellado. Hace un frío de locos. Pura acción, como si yo fuera otro. Desayuno rápido, armo una mochila, pongo ropa de abrigo, un termo, galletas y salgo con los primeros rayos del sol. El cerro amaneció nevado.

A las dos horas estoy frente al glaciar. No veo nada en la pared. Rastreo

con el largavistas, pero no hay vivac, no hay petate, no hay nada. No pienso mucho, entro al glaciario concentrado y duro por la adrenalina. La nieve está firme. Tanteo antes de cada paso con el bastón.

De repente me detengo, me parece escuchar el eco de una voz. Sigo. Otra vez. ¿Son ellos? Todo blanco. Sigo. Un grito: ¡Polaco! Y yo que no veo a nadie. ¡Chirola, por este lado, acá! Ahora sí. Ahí están los dos, a cien metros, brazos en alto, contentos, sonriendo. Grito yo también, con más euforia que ellos, y salgo corriendo hacia donde están. El hombre de las cavernas descubre que tiene voz, que hay palabras, que hay otros hombres, así me siento. ¡Guarda con las grietas, Pola, no corrás! Pero no hago caso, ya estoy enfrente y nos abrazamos.

Todo es alegría, cansancio, hambre.

El café caliente es un bálsamo, la bebida de los dioses, dice Esteban. Como a un ángel te estábamos esperando. El Colo me mira y dice: Tenés cara de chifle, Pola. Parecés el hombre de las cavernas.

Me resigno. ¿Qué se le va a hacer? Muchachos, ustedes porque no se vieron al espejo, que si no, no los dejan salir de la montaña. Pero mientras bajamos hacia el campamento pienso que no se ven tan mal. Están hechos pelota, sucios y barbudos, pero satisfechos, enteros; felices, se podría decir. Como si hubieran recibido una paliza fenomenal y ahora encontrarán una casa cómoda, calorcito, unos mimos. ¿Que más se le puede pedir a la vida? Una bañadera con agua caliente, eso me gustaría, dice el Colo. Y una mujer con olor a crema en la piel, dice Esteban. Y empanadas, o un buen asado, y vino, y dormir en una cama.

Con esa orientación a los dos días levantamos campamento y empezamos la retirada. El viaje de regreso es fácil, conocido, rápido. A la vera del río donde perdí todo mi equipo encuentro unos rollos de película. Parecen restos fósiles de otra vida, de un sujeto prehistórico. ¿Cuántos días pasaron? Ninguno puede mantener la cuenta con total certeza. Debe de ser fin de mes, sugiere Esteban. ¿Y en qué te entretenías, Polaco? Te mirábamos desde arriba y siempre te veíamos sentado en la roca. ¿Qué hacías?

Es difícil hablar. Tengo que inventarme una nueva. Ellos tampoco dicen todo. Hay una parte de la experiencia que se la devora el silencio. Queda encriptada en alguna fisura profunda. A veces sube hasta la superficie, pita como un géiser en la madrugada. Pero

es fugaz. Así como brota se calma, vuelve a las profundidades. Quién te dice, el tiempo lima todo. Algunos siguen adelante -están hechos para eso-, y otros cambian de rumbo, se toman el palo. El Colo afirma que esta es la última gran expedición que hace. Tiene la espalda cortajeada, le duelen todos los huesos. De ahora en más, escalada deportiva, poco equipo, chicas en el campamento. Esteban lamenta no haber llegado hasta la cima. Muy dura la pared. Muy dura, afirma. Esta es la segunda vez que el Turbio se le niega y quién sabe si vuelve. Por ahora ni se le cruza. Ya te veo el año que viene buscando compañero, agrega el Colo y me señala: el Polaco, ¿por qué no? ¿Te animás, Pola? Ni en pedo, chabón. De ahora en más viajecitos tranqui, cero emociones fuertes. Estuve pensando en reciclar el galpón de mi viejo en

Mataderos y hacer una comunidad de artistas, con gente de circo, bien copada, ¿cómo lo ven?

Al salir del bosque encontramos una casa con sus perros, gallinas, chanchos. Una chacrita. Golpeamos, aplaudimos, ¿hay alguien? Gritamos. No hay nadie. Esteban se anima y se mete en el gallinero, sale con media docena de huevos. Esto sí es vida: ¡Desayuno americano para todos! ¿Qué tal? A cambio le deja una de nuestras linternas: imaginatelo: gaucho con linterna frontal, onda minero, al pie de la tranquera. ¡Qué estampa! Clic. A la memoria.

Nací en Buenos Aires, en 1968. Estudié Letras en la Universidad de Buenos Aires y publiqué los libros de cuentos *El mundo era un lugar maravilloso* (Simurg, 2004) y *Extranjeras* (El fin de la noche, 2011), que fue finalista del concurso Casa de las Américas 2008 y mención del Fondo Nacional de las Artes 2007.

Participé con algunos cuentos en antologías porteñas y españolas: *Buenos Aires no duerme* (Eudeba), *Cuentos* (Fundación Victoria Ocampo), *Cuentos olímpicos* (Páginas de Espuma), *El tiem-*

po de los mayores (Páginas de Espuma),
Verso y reverso (NHE).

Desde hace varios años coordino talleres de escritura creativa y dicto cursos de español, escritura profesional y oratoria en universidades y empresas. Coedito la revista virtual: <www.cuatrocientos.wordpress.com>.

ARTE DE TAPA

Leonardo Cavalcante

"Isóceles". Gouache sobre papel. 90x50 cm. 2012.

Nací en Buenos Aires, en 1979. Soy Licenciado en Artes Visuales egresado del IUNA. Presenté mis obras en diversos espacios donde exhibí pinturas, maquetas, dibujos, objetos, instalaciones y fotografías. He realizado trabajos de escenografía, montaje, diseño de tapas de discos y libros. En el año 2009 fui seleccionado por el Fondo Nacional de las Artes para realizar la Beca Ecunhi y para el Premio Joven y Efímero 09 en

la ciudad de Rosario por mi proyecto de tesis *Terrenos*. En 2011 participé de la Residencia Internacional de Artistas “En el día de la virgen” y en el año 2012 formé parte del programa “Prácticas Artísticas Contemporáneas”. Actualmente colaboro con la publicación de *Revista de artistas* y formo parte del colectivo *Excursionistas*, con el cual trabajamos sobre el contexto específico donde realizamos nuestras exposiciones.

ÍNDICE

Segundo día solo en la isla.....	7
Los pibes.....	15
De noche, sin sueño	21
Tercer día solo en la isla.....	29
Otra vez sin sueño y a pesar del riesgo de quedarme sin baterías, sigo.....	37
Cuarto día soledad solari.....	45
Acción	49
Quinto día	55
El campamento.....	61
Sexto día	71
Séptimo día	75
Acerca de mí	81
Arte de tapa.....	83

Que los árboles muertos
en este papel
vuelvan a crecer árboles
cuando hombres y mujeres
hayan saciado su sed
de conocimiento.

Se terminó de imprimir en
Imprenta Dorrego
Av. Dorrego 1102 - CABA
en marzo de 2013.